

indígenas emergió como tema central de la agenda nacional, tema del cual, por cierto, Warman tomó una posición crítica, como sugiere Guerrero, pues si bien promovió el reconocimiento de la diversidad y llegó a declarar que “las diferencias entre los mexicanos nos enriquecen”, a la vez cuestionó a los indígenas como sujetos de derecho, especialmente en relación con el territorio.

Esa posición controvertida del destacado antropólogo y funcionario se expresa también en el sexto capítulo, “Las políticas públicas y sociales y la condición de los pueblos indígenas”, donde se muestra su papel en el tránsito del Estado posrevolucionario al neoliberal, cuando participó en el diseño y aplicación de políticas públicas orientadas a los pueblos indígenas y campesinos, momento en que se abandonó una política social de desarrollo y se inauguró otra de carácter asistencialista con el programa Solidaridad.

El libro termina con una reflexión sobre la tradición y la modernidad en el capítulo séptimo, “La condición de los pueblos indígenas y las tradiciones culturales”. A pesar de las diferencias de posición, Guerrero refrenda el compromiso y respeto de Warman por las poblaciones indígenas y la diversidad cultural, y hace una declaración que resulta paradójica por el contexto nacional y mundial que él mismo presenta. En un momento en el cual es notable la desigualdad económica, la pérdida de conquistas sociales y la devaluación cultural, el autor se muestra optimista y declara: “Mi posición es que los males que padece la humanidad tienen enemigos crecientes y cada vez más vigorosos” (p. 154). Me sumo, y yo creo que muchos, a esta posición paradójica: por una parte a una mirada crítica de nuestra realidad actual, que se distingue por la pobreza económica, la estrechez institucional, la ardua labor para conseguir un país justo, plural y democrático (como a su manera, seguramente, lo imaginaba Warman), pero también me uno a la confianza y el optimismo respecto a que con

participación y organización vendrán tiempos mejores no sólo para unos cuantos.

La paradoja y la controversia son parte de nuestra realidad y también de nuestro quehacer. Así como el autor declara que “sin controversia no hay ciencia” –controversia que practica con maestría y de la cual hace un despliegue en esta obra–, sin juego y sin ironía no hay sazón en la vida, de lo cual Javier Guerrero también es un maestro. Ese proceder para algunos es incómodo e impropio, pero para muchos otros es motivo de subversión y alegría.

• • •

*History and Anthropology*, vol. 23, núms. 1-2, marzo de 2012.

Con el afán de dar a conocer parte del contenido de algunas publicaciones periódicas que se encuentran en resguardo de las bibliotecas del INAH, hemos elegido un número reciente de la revista del Departamento de Antropología de la universidad inglesa de Durhan. Escrita en inglés, la publicación puede ser consultada en la Biblioteca Miguel Othón de Mendizábal de la Dirección de Etnología y Antropología Social. A continuación resumimos de manera breve algunos artículos que, consideramos, pueden ser de interés para los investigadores y estudiantes de nuestras disciplinas.

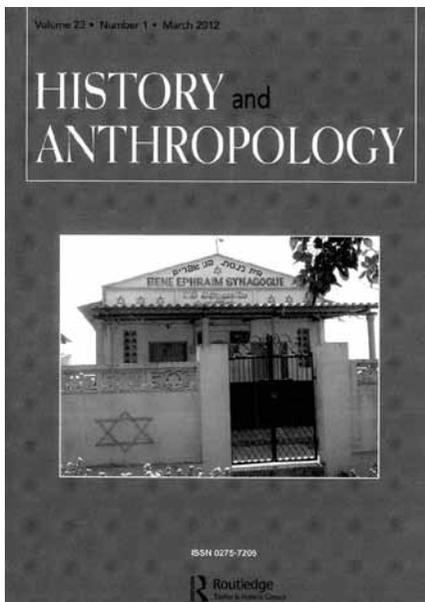
El número 1 del volumen 23 reúne siete artículos que dan inicio con “Viejas memorias, nuevas historias: (re)descubriendo el pasado de los *dalits* judíos”, de Yulia Egorova y Shahid Perwez. El artículo explora procesos de identificación y construcciones de memoria histórica entre los *bene ephrain* de Andhra Pradesh, una comunidad de intocables que practica el judaísmo desde finales de la década de 1980. El artículo se basa en trabajo etnográfico realizado en 2009 y 2010, en entrevistas y análisis de fuentes escritas de la historia de los *bene ephrain* redactadas por los líderes de la comunidad. Consideran

el estudio de caso de los *bene ephrain* dentro de un contexto de discusión más amplio que considera tanto la dimensión universalista como la particularista de la tradición judía. El argumento central gira en torno a que la “etnocentricidad” del judaísmo ha sido un elemento definitorio que permitió el surgimiento del movimiento *bene ephrain*, y asimismo tuvo como resultado el desarrollo de prácticas sincréticas y diversos modos de reinterpretación de la tradición judía.

En “La falacia funcional: sobre los supuestos daños de la repetición de nombre” nos dice el autor, Joao de Pina-Cabral, que siempre que se ventila el tema de los nombres personales, tanto en los debates académicos como en la opinión pública, encontramos una tendencia a dar por sentado que existe una suerte de interés colectivo en que los nombres contribuyan a la individualización clara de las personas. Se piensa que la “sociedad” o “cultura” no funcionaría de manera óptima si este principio fallase, y los homónimos se consideran, en automático, como disfuncionales. Esta forma de planteamiento conlleva fuertes cantidades de sentido común que a todas luces contradice las discusiones académicas en antropología e historia de las décadas recientes. Un ejemplo de lo anterior son los estudios de los apodosos o sobrenombres que cumplen diversas funciones en varias sociedades. El autor identifica tres prejuicios que se deben superar: el sociocentrismo, el individualismo y el paradigma del alma.

“Tensiones en el campo: las políticas para la investigación del *kuru* en Nueva Guinea”, escrito por Annette Noble Beasley, pretende llenar un vacío en el desarrollo de las investigaciones sobre las condiciones en que se realiza el trabajo científico. Explora las políticas de investigación de campo que afectan esta labor para indagar sobre una, desconocida y fatal enfermedad, llamada *kuru*, que afecta a los habitantes del este de Nueva Guinea. Desde el inicio de los

estudios, en 1957, las pesquisas sobre este mal se han caracterizado por rivalidades y manipulación política. En el centro del combate político se encontraba el resentimiento chovinista de los científicos australianos por la presencia y trabajos del investigador estadounidense Carleton Gajdusek. La tensión aumentó de manera progresiva hasta que, en 1963, se invitó al neurólogo neozelandés Richard Hornabrook como jefe de investigación clínica. El escrito examina la relación entre Gajdusek y Hornabrook como un ejemplo que ilustra las políticas de investigación.



Ahora comentaremos algunos artículos incluidos en el número 2 del mismo volumen. En "Entre este y oeste: movilidad y etnografía en el Proemio de Herodoto", de Phiroze Vasunia, se menciona que la *Historia* de Herodoto comienza con un memorable prólogo o proemio sobre las causas de la guerra entre los griegos y los bárbaros. El artículo examina ese prólogo en busca de las historias de los embrujos de Io, Europa, Medea y Helena. Vasunia argumenta que Herodoto usó el prólogo para destacar temas importantes de la cultura, identidad y sentido histórico. Cada una de las mujeres referidas se vio envuelta en una red de complejas historias culturales,

y cada una se encuentra en la disyuntiva de sus intereses individuales enfrentados a los de la comunidad. De hecho, Herodoto asocia a cada una con el desplazamiento y la desarticulación de su propio lugar de origen para reflexionar sobre el proceso histórico, donde las migraciones y la geografía juegan un papel central. El prólogo también destaca la pluralidad cultural, pues Herodoto inicia su obra monumental de historia explicando la pluralidad y el contacto cultural como contrapunto de la polarización griegos-bárbaros.

Por último, en "Jesuitas y eunucos: representando la masculinidad en el periodo Ming, China", de Mary Laven, se refiere que para los primeros etnógrafos modernos el género fue una categoría de análisis invaluable. Dicha categoría ofrecía elementos para conocer el sentido de civilidad y moralidad de los pueblos estudiados. También era un elemento a debate cuando se confrontaba con similitudes y alteridades repulsivas entre la cultura de origen del escritor y la "nueva" cultura. Así, en las descripciones sobre China del farmacéutico portugués Tomé Pires éste comentaba que "las mujeres recordaban a las mujeres de Castilla", mientras que el dominico español Gaspar de la Cruz se concentraba en la "inmunda abominación", el "maldito pecado" de la homosexualidad femenina que afligía a la sociedad del periodo tardío Ming. El artículo asimismo explora los recursos que desarrolló Matteo Ricci para la representación y descripción de las masculinidades chinas, cuyos trabajos arrojan luz sobre la vulnerabilidad de la identidad genérica del propio jesuita.

• • •

David Lorente y Fernández, *La razzia cósmica: una concepción nahua sobre el clima. Deidades del agua y graniceros en la sierra de Texcoco*, México, CIESAS/UIA, 2011.

Saúl Millán

Si la etnografía es una disciplina que singulariza la manera de conocer, como hace años hacía notar Clifford Geertz, un buen estudio etnográfico sólo puede ser el resultado de un ejercicio analítico que muestra esquemas diferenciales ahí donde otras disciplinas identifican planos uniformes o semejantes. A diferencia de una antigua tradición antropológica, que se ahorra las diferencias para destacar las continuidades, el libro de David Lorente puede leerse como uno de los primeros estudios sobre la cosmología nahua que se aleja del modelo agrícola mesoamericano. A riesgo de omitir numerosos detalles que revelan un fenómeno más complejo de lo que por lo general se había imaginado, conviene enfatizar un conjunto de inferencias que es posible extraer de este estudio pormenorizado, escrito en un tono agudo y elegante, que no revela sus fuentes teóricas porque confía en que la teoría nahua sobre los ciclos climáticos es suficientemente explícita para diferir de nuestras interpretaciones tradicionales.

En efecto, de manera tradicional tendemos a pensar que la cosmovisión de los pueblos indígenas de Mesoamérica se encuentra sustentada en un modelo esencialmente agrícola, cuyo paradigma sigue siendo el ciclo de desarrollo vegetal. De acuerdo con este modelo canónico, que ha guiado la gran mayoría de nuestras investigaciones, sería necesario buscar los principios de la cosmovisión mesoamericana en el ámbito de las prácticas agrícolas y de las creencias sobre la reproducción y el crecimiento vegetativo, de tal manera que las principales fuentes de subsistencia ofrecerían la base (material) para explicar el vasto mundo de las ideologías indígenas. El modelo agrícola no sólo proporciona en este caso el referente productivo que se puede observar a lo largo de una región cultural, sino el modelo de una concepción general del universo que se presenta como un circuito de intercambios recíprocos: así como